



CINE

Dunkirk, la historia sin Historia

E

FERNANDA
SOLÓRZANO

En boca de casi todos, *Dunkirk* es el evento cinematográfico del año. Filmada en una combinación de IMAX (la mayor resolución posible) y de película

de 65 mm (de menor resolución pero apta para grabar diálogos), la décima cinta del inglés Christopher Nolan recrea la evacuación de las tropas aliadas de Francia hacia Inglaterra en 1940. La impresionante tecnología visual, un diseño sonoro enervante y un guion

centrado en fragmentos de tiempo presente vuelven al espectador protagonista de la acción. Nolan ha insistido en que *Dunkirk* debe ser vista como “un thriller de suspenso épico” y no como una película de guerra. Antes de preguntarse en qué consiste la diferencia, debe reconocerse que Nolan cumple su promesa de crear momentos angustiantes. Una escena memorable muestra a un soldado que, a la par de otros, se ha arrojado sobre la arena tras escuchar el sonido de un bombardeo aéreo. La cámara al ras de suelo, junto a su rostro, capta las explosiones que comienzan a la distancia y se acercan

cada vez más a él. El ruido también es creciente. Cada bomba que impacta hace volar un puñado de cuerpos. El espectador *vive* la escena desde la perspectiva del soldado; junto con él, espera la localización del próximo impacto. Puede que su cuerpo sea el siguiente en estallar.

Dunkirk es impecable en tanto cine *experiencial* (el adjetivo es de Nolan) y es la suma de los preceptos tecnológicos del director. Nolan defiende el uso de celuloide, procura prescindir de efectos especiales e imágenes por computadora e insiste en que una película debe ofrecer una experiencia imposible de replicar fuera de una sala. *Dunkirk* es el *demo* de estos principios, lo que explica que la campaña de *marketing* mencione las dificultades y retos de la filmación: tormentas que destruían sets, el reto de meter una cámara IMAX a la cabina de un avión y el he-

roísmo de un director que padecía incomodidades al lado de sus actores.

Por ser un espectáculo sofisticado y potente, *Dunkerque* ha sido considerado el mejor trabajo de Nolan. Es una afirmación osada, si se piensa que deja atrás a algunas de las películas más fascinantes de los últimos años: *Memento* (2000), la trilogía de *The Dark Knight* (2005-2012), *The prestige* (2006) e *Inception* (2010). Aunque distintas en presupuesto, género y estilo, estas exploran los mismos temas: la psique fragmentada, la relación entre identidad y memoria, la venganza como misión de vida y la rivalidad obsesiva —la némesis en todos sus símbolos y encarnaciones—. Los personajes de Nolan rara vez son hombres satisfechos con lo tangible. Buscan evadirse en mundos de fantasía —disfraces, trucos, sueños— y desconfían por principio de la noción de “Verdad”.

Nada en *Dunkerque* evoca este universo. A cambio de filmar cine de gran escala, Nolan sustituyó la re-

tas interpretaciones. Para unos —la mayoría, ingleses— es un triunfo de la unidad nacional. Para otros —la mayoría, franceses— significó una derrota con tintes de traición. A esto se suma un ángulo que *Dunkerque* no ilumina ni de lejos: la decisión de Hitler de demorar el avance de sus tropas, dando tiempo suficiente para la evacuación británica. Fue algo tan incomprensible que dio lugar a especulaciones. Poco antes de su suicidio, Hitler dijo que había permitido el escape como un gesto amable a Churchill, con el fin de animarlo a pactar con los nazis. El tiempo reveló que el error estratégico se debió a la necesidad del Führer de imponerse sobre sus comandantes: una guerra de egos que eventualmente contribuiría a la victoria de los Aliados.

Se ha dicho hasta el cansancio: una ficción no es un documental. Nolan no tenía obligación de mostrar el sentimiento de abandono entre las tropas francesas ni de recrear el en-

Según el director, Christopher Nolan, *Dunkerque* debe ser vista como “un thriller de suspenso épico” y no como una película de guerra.

flexión sobre la ambigüedad y duplicidad de la naturaleza humana por planteamientos más bien patrióticos y triunfalistas. Dado el tono de inmediatez de *Dunkerque*, sus personajes —un comandante naval, el piloto de un Spitfire, el dueño de una embarcación civil, un soldado traumatizado— solo responden a dos imperativos: la orden militar y el instinto de supervivencia. En esta versión de la Historia todo es unívoco y transparente —una decisión narrativa legítima pero también un desperdicio de tema y de director—. Pocos episodios históricos como la evacuación de Dunkerque daban a Nolan la oportunidad de explorar sus temas recurrentes en escala colectiva. Hasta la fecha (y como ya lo han demostrado algunas reacciones a la película), lo ocurrido en Dunkerque tiene distin-

contrón entre Hitler y sus generales. Menos se esperaría que *Dunkerque* propusiera contar “la Verdad”. Ya se dijo que el cine de Nolan desconfía de ese concepto: sus películas, por el contrario, muestran la contundencia de los mundos subjetivos. Justo por eso uno lamenta que el director haya desechado el juego de puntos de vista al que se presta esta historia. Como pocos hechos históricos, la evacuación de Dunkerque tuvo un efecto Rashomon: dio lugar a narrativas de sacrificio (en Inglaterra) y deslealtad (en Francia) y, en su momento, permitió a los nazis reforzar su mito de invencibilidad.

El intento que hace Nolan por minimizar las resonancias reales de Dunkerque (recordemos que, según él, esta *no* es una película de guerra) da lugar a paradojas. Por ejemplo: pa-

ra intensificar el buscado efecto de inmersión, Nolan construye escenas que orillan al espectador a identificarse con el trauma físico y psicológico padecido por las tropas británicas. Es el caso de las varias escenas que muestran a soldados ingleses atrapados en espacios cerrados que se van llenando de agua —el sótano de un barco, la cabina de un avión— y que sugieren la agonía espantosa que se encuentra en el centro de *The prestige*. El efectivo *score* de Hans Zimmer vuelve la experiencia casi insoportable, aunque Nolan nunca la lleva hasta las últimas consecuencias (después de todo, esto es solo entretenimiento). Conducir al espectador a imaginar una muerte espantosa cumple la función de cancelar por anticipado acusaciones de cobardía hacia las tropas británicas. La vivacidad de estas escenas tiene un tufo de apología. *Dunkerque* —que se pretende imparcial— no escapa del todo a ser revisionista.

Una última ironía: Nolan ha dicho que *Dunkerque* busca honrar el espíritu de ayuda que posibilitó el rescate de trescientos mil hombres, pero es la película menos emotiva del director. Las tres líneas temporales en las que se narra la historia —combate aéreo, naval y terrestre— impiden al espectador empatizar con los personajes. Es un despliegue de estilo que no agrega otra dimensión. En el resto de sus relatos, en cambio, la estructura geométrica, la edición fragmentada y la técnica de caja china hacen eco de los dilemas y encrucijadas de los personajes. Muestran los laberintos existenciales en los que están perdidos, desde los cuales apenas vislumbran las vidas que dejaron atrás.

Quizá sea inútil echar de menos al Nolan con más vericuetos. También es inevitable —y de eso hablan sus mejores cintas—. Si el presente no convence, siempre queda jugar con las piezas de un pasado mejor. —

FERNANDA SOLÓRZANO es ensayista. Participa en el programa *Atando cabos* y mantiene en *Letras Libres* la videocolumna *Cine aparte*. Este año aparecerá en Taurus su libro *Misterios de la sala oscura*.

ESTADOS UNIDOS

La derrota del Trumpcare

E

**CARMELO
MESA-LAGO**

n parte motivado por racismo contra el primer presidente afroamericano en Estados Unidos y en un afán por aniquilar su mayor legado nacio-

nal, Donald Trump se comprometió en la campaña electoral a derogar y reemplazar la Ley de Acceso Asequible a la Salud de 2010 (Obamacare) en cuanto asumiese su cargo. También prometió un seguro de salud “hermoso” a todos los estadounidenses y no cortar el Medicaid, el programa federal de asistencia sanitaria para personas sin recursos. Esto venía de perlas a los republicanos que habían luchado contra el Obamacare por siete años. A lo largo de seis meses —trabajando en secreto, sin audiencia—, un comité de senadores republicanos, todos hombres blancos, elaboró varios proyectos de ley para lograr su meta (solo el 13% de los estadounidenses apoya tales planes). A finales de julio, este engendro del Congreso fue derrotado. Ante eso, el presidente Trump exigió solo la derogación, lo que significaba, por un lado, que traicionaba aún más sus promesas electorales y, por el otro, que ponía en confrontación al Partido Republicano —que estaba dividido entre los radicales que querían una revisión completa y los moderados que abogaban por una reforma menos dañina—. Trump buscaba una “victoria” sin importar sus consecuencias devastadoras para los estadounidenses, particularmente los más vulnerables, y una profunda caída del sistema de salud estadounidense a nivel mundial.

Las organizaciones internacionales han colocado el sistema de salud de Estados Unidos muy por debajo del de las economías desarrolladas (lugar 37 entre 191 países, según la Organización



Mundial de la Salud), basados en varios factores claves: 1) extensión de cobertura de la población e inclusión de grupos vulnerables como los pobres, ancianos, discapacitados, mujeres, niños y enfermos crónicos (el sistema estadounidense es el único sin cobertura universal dentro del mundo desarrollado); 2) desigualdades en la provisión de servicios que discriminan por condición de edad, género y salud (los ancianos, mujeres y enfermos pagan más que los jóvenes, hombres

y sanos); 3) provisión o regulación de la atención de salud por parte del gobierno y equidad en su financiación (solo el 34% de los estadounidenses están cubiertos por los dos programas públicos, Medicaid y Medicare —el seguro de salud para los mayores de 65 años—, pero en el Reino Unido es el 100%); 4) costo de servicios sanitarios en relación al PIB (tienen los costos más altos y causan el 60% de las quiebras en Estados Unidos); 5) tamaño de los gastos de salud privada y pagos del bolsillo de los usuarios (el 56% respecto a un promedio del 25% en los países desarrollados); y 6) indicadores como esperanza de vida y mortalidad infantil (los estadounidenses están por debajo de los países desarrollados).

Basados en los factores anteriores, se puede concluir que las reformas al Obamacare propuestas por la Casa de Representantes y el Senado (en tres versiones) habrían hecho retroceder los beneficios logrados y habrían agudi-

zando drásticamente los problemas del sistema de salud de Estados Unidos en al menos los siguientes aspectos:

Cobertura e inclusión de grupos vulnerables. El Obamacare hizo obligatoria la afiliación al sistema por dos vías: la expansión del Medicaid y la compra de un seguro privado en el mercado. En conjunto, ambas medidas lograron la incorporación de veinticinco millones de personas que no estaban aseguradas, entre las que se incluían ciudadanos de bajos ingresos, niños, mujeres, ancianos, discapacitados y los que tienen condiciones preexistentes. El Medicaid se expandió en 32 estados que optaron por unirse y recibir ayuda federal, cubriendo al 20% de los estadounidenses. Los empleadores deben ofrecer seguro médico a sus empleados o pagar una multa, sus contribuciones se deducen de los impuestos.

Según la Oficina de Presupuestos del Congreso, el primer anteproyecto del Senado dejaría sin seguro a 22 millones de personas en 2026 y solo la derogación aumentaría la cifra a 32 millones. La cobertura del Medicaid en los estados sería eliminada en cuatro años, lo que dejaría sin cobertura a 49 millones de personas. El seguro por parte de los empresarios disminuiría mucho, pues, al no ser ya obligatorio, se eliminarían las multas por incumplimiento.

Desigualdades. El Obamacare creó un sistema de compensación de riesgos a fin de que los jóvenes y las personas saludables pagasen proporcionalmente más que los ancianos y los enfermos. Los anteproyectos del Congreso permitirían a las aseguradoras cargar a los afiliados ancianos hasta cinco veces de lo que cobran a los jóvenes. El más evidente ejemplo de inequidad es que Trump y todos los congresistas disfrutan de un seguro de salud privilegiado y poco costoso mientras que ellos cortarían de manera drástica la protección básica a las personas vulnerables.

Prestaciones garantizadas. El Obamacare garantiza diez prestaciones claves de salud, entre ellas, la atención preventiva y de maternidad, el

tratamiento a las enfermedades mentales y la drogadicción, y los medicamentos. El Congreso virtualmente terminaría con este beneficio pues autoriza que los estados renuncien a él, además de cortar la ayuda financiera a Medicaid y permitir a las compañías de seguros que excluyan de cobertura a las personas más vulnerables. El programa de planificación familiar que proporciona anticonceptivos quedaría sin fondos, provocando así más embarazos no deseados. En 2016, alrededor de 59,000 estadounidenses murieron de sobredosis, el índice más alto en la historia y la primera causa de muerte entre los menores de cincuenta años, principalmente debido a la actual epidemia de opiáceos. Las enfermedades mentales afectan a 43 millones de adultos y a un 20% de niños; el suicidio mata más adolescentes que cualquier otra enfermedad. Con una población envejecida y una esperanza de vida más alta, también crecen exponencialmente el Alzheimer, la demencia y la discapacidad. Para aplacar a algunos republicanos, otra versión del anteproyecto del Senado asignó a los estados dos mil millones de dólares para trastornos mentales y adicción, solo por un año, lo que resulta insuficiente. Trump prometió reducir el alto precio de los medicamentos, pero el Congreso no contempló eso en su anteproyecto.

Financiamiento equitativo. El Obamacare otorga subvenciones a ciudadanos pobres y de bajo ingreso para que puedan pagar su prima. Las compañías de seguros no pueden negar la cobertura ni elevar las primas por condiciones preexistentes. Los estados que optaron por una extensión de Medicaid reciben fondos federales sin límite. Estas prestaciones son financiadas por un impuesto a los ricos, a las aseguradoras de salud y a los superplanes de seguro privado. El Senado derogaría estos impuestos o los pospondría, beneficiando, por tanto, a los ricos y perjudicando a los pobres y los que tienen ingresos bajos e incluso a la clase media. Además, se impondría a los estados una suma tope por cada afi-

liado que se ajustaría a una tasa de inflación más baja que la real. A los que tuviesen condiciones preexistentes no se les podría negar cobertura ni aumentar las primas, pero las subvenciones serían inferiores, por lo que se mermaría el acceso. Además, el asegurado pagaría copagos y deducibles más altos, causando mayores gastos en su bolsillo.

Costos. Los republicanos argumentan que el Obamacare es insostenible en términos financieros y crea el caos en los mercados de salud. En 2017, muchas aseguradoras se salieron del mercado y las que permanecieron aumentaron sustancialmente sus primas. Esto se debió en gran parte a la incertidumbre creada por el Congreso con el espectro de derogación del seguro obligatorio y el recorte de las subvenciones a individuos y estados. La “solución” del Congreso es conceder miles de millones a las aseguradoras para que se mantengan en el mercado. El Senado reduciría el déficit por 700,000 millones de dólares, pero al precio de tener un menor acceso y calidad del servicio. Médicos, clínicas y hospitales se enfrentarían a un número creciente de pacientes sin seguro médico, incapaces de pagar sus facturas médicas. Todo esto dispararía las muertes (¿recuerdan las acusaciones falsas de los “paneles de la muerte” en el Obamacare?).

La reacción de Trump a la derrota ha sido “dejemos que el Obamacare fracase” (con un certero sabotaje de su parte). En vez de promover políticas que mejoren el sistema de salud, Trump dejaría sin protección a 32 millones de estadounidenses, incluidos muchos que votaron por él. Como dice con frecuencia en sus discursos: “¡Nauseabundo!” —

Una versión de este artículo apareció originalmente en inglés en la revista Transition.

CARMELO MESA-LAGO es catedrático emérito de economía en la Universidad de Pittsburgh. Ha publicado 94 libros y 316 artículos. En 2014 fue seleccionado entre los cincuenta hispanoamericanos más influyentes en el mundo.

LITERATURA

Cincuenta años sin Carson McCullers

Locos, *freaks* y clavijas cuadradas



“

SARA MESA

I like *freaks*”, confiesa Biff Brannon, uno de los protagonistas de *El corazón es un cazador solitario* (1940), la primera novela de Carson

McCullers, publicada cuando la autora contaba con tan solo veintitrés años de edad. “Siento una sincera simpatía por los locos”, dirá más de veinte años después Jester Clane, otro personaje clave de la narrativa de McCullers, esta vez en *Reloj sin manecillas* (1961), su última novela. La coherencia que existe bajo estas dos afirmaciones —auténticas declaraciones de principios— es reveladora. Exagerando, quizá, podríamos decir que McCullers estuvo escribiendo siempre el mismo libro: el de los solitarios, los inadaptados, los trastornados, los raros.

Esta atracción por lo singular —la otra cara del rechazo a la homogeneización— impregna no solo el dibujo de los personajes, sino también —y sobre todo— el ángulo narrativo, esa mirada torcida, lateral, que predomina en toda su escritura. Girando en torno a núcleos temáticos recurrentes —el amor no correspondido, la soledad, la sexual-

idad reprimida, la discriminación racial, las dificultades de la infancia—, la predilección por lo inusual se revela en destellos inesperados que convierten a sus personajes en seres únicos e imprevisibles. Se trata de una ruptura de las expectativas, de un salto sobre las convenciones. A pesar de su obvia filiación sureña, los personajes se distancian de su encasillamiento en tipos fijos —la adolescente rebelde, el negro juzgado injustamente, la criada sumisa, el predicador violento, el empresario racista sin escrúpulos—. Volvamos, por ejemplo, a Biff Brannon, dueño de un café nocturno de una mediana ciudad del Sur y testigo privilegiado, tras la barra, del desfile de unos individuos tan solitarios como extraños: el sordomudo Singer, la niña Mick, el doctor Copelan, el perturbado Jake Blount y tantos otros. Clientes que se sientan, beben, hablan y escuchan, que no siempre pagan, que a veces arman bulla, pero que él observa fascinado. ¿Y por qué no? Ya lo ha confesado: le gustan los *freaks*, los excéntricos, los raros. Él mismo es así, un poco raro. Cuando enviuda, a pesar de la desolación y la nostalgia, lo primero que hace es redecorar su alcoba. Cose sus propias cortinas, se detiene en el tacto de las telas. Escoge cojines de calidad, se

perfuma con Agua Florida, la fragancia que perteneció a su mujer. ¿Rasgos de homosexualidad latente? No está tan claro, teniendo en cuenta, además, que en algunos momentos Biff se siente atraído por Mick —ya adolescente— justo en ese punto en el que “podía parecer tanto un chico crecido como una chica”, porque, “por naturaleza, todo el mundo es de ambos sexos”.

La crítica ha insistido en la presencia de una temática homosexual en toda la obra de McCullers —y, en efecto, no son pocos los personajes que muestran atracción por los de su mismo sexo—, aunque a menudo estas lecturas resultan un tanto reduccionistas. Una mirada detenida muestra, más cercana al concepto de lo *weird* y lo *queer*, una intensa ambigüedad de género, hibridación que la autora expone atribuyendo a hombres rasgos tradicionalmente asignados a mujeres y viceversa... Como que a Brannon le gusten las telas, sin tener que ser por ello —¿sobra decirlo?— homosexual. También a la niña Mick, que prefiere ir vestida como un niño, le atraen tanto su compañera de colegio como un vecino un par de años mayor. Después de todo, la fascinación por la belleza, sea del sexo que sea, no fue ajena a la experiencia de la propia escritora, que en *Iluminación y fulgor nocturno* dejó dicho de su marido Reeves: “La primera vez que lo vi, sufrí una conmoción, la conmoción de la belleza pura; era el hombre más apuesto que yo había visto en mi vida”, y de su amiga suiza Annemarie Clarac-Schwarzenbach: “Tenía un rostro que, lo supe enseguida, me perseguiría hasta el final de la vida.” En este sentido, quizá la cualidad más definitoria del *freak* tenga que ver, precisamente, con la búsqueda de una belleza agenérica e inclasificable. Es lo que piensa Mick de su hermano Bubber, otro “rarito” que sufre el acoso de los garantes de la normalidad: “No era un marica, como Spareribs decía. Solo le gustaban las cosas bellas.”

En la segunda novela de McCullers, *Reflejos en un ojo dora-*

do (1941), Anacleto, el criado filipino —por cierto, otro gran amante de las telas—, adora bailar y pintar con acuarelas. Su sensibilidad es ridiculizada en el puesto militar donde trabaja, y su empleador, el comandante Langdon, piensa que lo mejor para quitarle las “tonterías” sería que entrase en el ejército, donde sufriría mucho pero sin duda se convertiría en “un hombre”. Diálogo brillante, por cierto, y excelentemente llevado al cine por John Huston con Marlon Brando encarnando el papel protagónico cuando, en el que es quizá su único arranque verdadero de rebeldía, el atormentado capitán Penderton cuestiona que, por razones de rectitud moral, algunos prefieran que “una clavija cuadrada se quede dando vueltas y vueltas a un orificio circular a que encuentre y encaje

los paseos que dan juntos por el pueblo: “Si el sendero pasa por un hoyo enfangado o está cortado por un charco de agua negruzca, ved cómo miss Amelia se agacha para que el primo Lymon pueda subirse a su espalda; miradlos cómo vadean, con el jorobado cabalgando sobre los hombros de ella, agarrado a sus orejas.” Los habitantes del pueblo no pueden entender qué encuentra miss Amelia en el jorobado, y fabulan respecto al tipo de relaciones que mantienen. Aunque, a este respecto, el narrador externo nos recuerda que “con mucha frecuencia, el amado no es más que un estímulo para el amor acumulado durante años en el corazón del amante”. Desde esta perspectiva hay que entender la devoción del sordomudo Singer por su amigo Antonapoulos, la de la seño-

tiene buena voz pero odia la música. Su destino es tan trágico como el de muchos excéntricos que cometen la osadía de saltarse las reglas. Su absolución, en cambio, la encontramos en la mirada de McCullers, auténtica maestra en la construcción atípica de estas personalidades.

Dotada de un increíble talento para mezclar humor y crueldad, delicadeza y atrevimiento, pocos personajes como los mencionados en este artículo podrían sentirse tan orgullosos de la dignidad con que fueron creados. Gracias a McCullers, a nosotros, sus lectores, también nos gustan los *freaks*. —

SARA MESA es escritora. Entre sus libros recientes están *Cicatriz* (2015), *Mala letra* (2016) y *Un incendio invisible* (2011, 2017), todos ellos bajo el sello de Anagrama.

“Siento una sincera simpatía por los locos”, dirá más de veinte años después Jester Clane, otro personaje clave de la narrativa de McCullers, esta vez en *Reloj sin manecillas* (1961).

en otro cuadrado que le vaya bien, aunque no sea el reglamentario”.

Los imperativos de la normalidad son los culpables de que determinados personajes sean incomprendidos o mirados con extrañeza. Quizás el ejemplo más conocido sea el de miss Amelia, la protagonista de *La balada del café triste* (1951), una mujer adinerada temida por sus vecinos y apasionada por “pleitos y tribunales”. Miss Amelia es “morena, alta, con una musculatura y una osamenta de hombre [...] Podría haber resultado guapa si ya entonces no hubiera sido ligeramente bizca”. Tras un matrimonio corto —y una inexistente noche de bodas—, miss Amelia repudia el amor de los hombres con la excepción de su jorobado primo Lymon —otro gran *freak*—. Lo terno y lo absurdo, lo lírico y lo risible, se mezclan en la dispar relación entre ambos, reflejada, por ejemplo, en

ra Langdon por su criado Anacleto, la de Frankie por su futura nuera en *Frankie y la boda* (1946) o la del viejo juez Fox Clane por Sherman Pew en *Reloj sin manecillas*, todas ellas sin componente sexual claro.

El caso del mulato Sherman Pew —emparentado con el Joe Christmas de *Luz de agosto*— es llamativo porque, a pesar de sus rarezas —o quizá debido a ellas—, suscita la pasión no solo del juez que ajustició a su padre sin pruebas, sino también del nieto de ese juez, atormentado por la culpa heredada. Los ojos azules de Pew —esa falla en su negritud— no buscan la venganza, como sí hacía —¡y cómo!— el Christmas de Faulkner. A lo que Pew aspira es a ascender socialmente comprándose una casa en zona de blancos. Mentiroso compulsivo y fantasioso irredento, es pobre pero siente debilidad por el lujo —caviar, muebles y trajes buenos—,

Luces y sombras de McCullers



CÉSAR ARÍSTIDES

ula Carson Smith —McCullers al casarse con Reeves McCullers, quien soñó, con los nervios y el alcohol, ser un escritor reconocido pero fracasó en su intento

y solo el suicidio le dio la paz eterna— es autora de relatos y novelas notables. Discípula de Chéjov y emblema de Raymond Carver, sus cuentos son capítulos de *un todo* ausente, estampas donde la añoranza y la grieta emocional mezclan sus turbaciones; escritura desde la enfermedad, repasa los días de hombres y mujeres destruidos, sin destino ni ilusiones: escritores, obreros, enfermos, niños angustiados, músicos malogrados —Carson estudió piano en su niñez y esta actividad fue primordial en su vida hasta la adolescencia.

En sus relatos, McCullers dibuja con tonos grises y brumosos a individuos que deambulan por ma-

drugadas frías, mamarrachos en busca de la felicidad ética, intelectuales muertos de hambre que jamás lograrán el éxito. Sus personajes se acomodan en dilemas existenciales para perderlo todo. Sin embargo, a pesar de contar con un puñado de cuentos admirables, su consagración como narradora vendría con su primera novela, *El corazón es un cazador solitario*.

La novela de McCullers es un esplendor siniestro en el mundo de la literatura, una obra capaz de situar a un autor entre los elegidos —del mismo modo en que lo han hecho *Una soledad demasiado ruidosa* de Hrabal o *Infancia y mocedades de Adrian Zograffi* de Istrati—. La historia sigue a un sordomudo, John Singer, que vive con un amigo griego, un Pantagrúel melancólico, en iguales condiciones de nostalgia. Pero un día el griego deja de ser un bonachón, pierde la razón hasta ser internado y muere vencido por la demencia. El sordomudo, afectado por el deceso de su camarada, cambia de casa y ocupa una pequeña vivienda a la cual llegan visitas tan raras como inolvidables: entre otros, un obrero alcohólico y una niña encantada por la música clásica. Para hacer más cómoda la estancia, Singer compra un radio para sus visitantes y pasa sus días enfrentado a la violencia, la fe rota y la desesperación de sus nuevos amigos.

Como es patente en otras de sus novelas —por ejemplo, *Frankie y la boda*, en la que somos testigos de la noche más oscura de una niña cuando llega al umbral de la adolescencia, o *Reflejos en un ojo dorado*, en la que la historia de un militar que mira excitado sexualmente a un joven soldado culmina en asesinato—, McCullers posee las anécdotas y los personajes, pero en ocasiones es vencida por la ocurrencia irrelevante y la resolución atropellada. Eso le ocurre en *La balada del café triste*, donde una mujer abandonada por su marido —alta, ruda y bizca, dueña de un almacén que deriva en cafetería— ve alterada su rutina con el arribo al pueblo de un ena-

no andrajoso y jorobado que dice ser su pariente. La presencia del enano, adoptado por la mujer, despier-ta la curiosidad de un pueblo apagado y reseco; las intrigas aumentan cuando el esposo regresa a su hogar; entonces, entre los tres, se despliega una relación marcada por el desprecio.

En esta obra, McCullers reúne a dos personajes singulares pero transforma su acierto en bufonada y horror artificial. Con la presencia del enano y del marido de vuelta, la historia crece en cuanto a misterio y después se desplaza hacia lo grotesco, para asentarse, sin más, en el terreno de lo retorcido. De la pelea feroz del matrimonio, al final de la obra, mejor ni hablar: resulta prescindible.

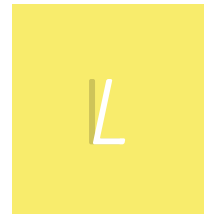
El corazón es un cazador solitario nunca cae en estos pantanos; no llega a lo ridículo ni al esperpento. El señor Singer es un hombre frágil, jamás irrisorio; el alcohólico, en el filo de lo patético, encarna la voz del hombre aniquilado, pero dispuesto a levantarse para compartir una bondad áspera. El propósito de McCullers no fue solo contar la vida del señor Singer, de la turbulenta Mick, del borracho brutal o del idealista doctor negro. La escritora ofrece un corazón y sus arterias: un pueblo con sus vibraciones existenciales: la tristeza es el centro; le siguen la música, el alcoholismo, la lealtad taciturna, la rutina de los condenados. Y, sí, matiza la novela una dulzura tenue, lejana, trágica.

Carson McCullers murió en 1967, en Nueva York, luego de una vida marcada por la enfermedad crónica, la gloria literaria, los intentos de suicidio, las relaciones tormentosas con su marido y amoríos con amigas y amigos. Postrada en hospitales o al cuidado de su madre, escribió como vivió: en un torbellino de alcohol, medicamentos, depresiones y, para salvarse, atenta a la música y a los libros. —

CÉSAR ARÍSTIDES es poeta, editor y crítico literario. Editó la compilación *La terrible cordura del idiota* (DeBolsillo, 2017).

IN MEMORIAM

Xirau, filosofía de lo indecible



**JULIETA
LOMELI BALVER**

a poesía carga en sus palabras una verdad sustancial, un último pronunciamiento sobre el mundo o la génesis de los afectos. Ante la aridez de las

ciencias duras y de la filosofía que tiende al positivismo, puede nacer otra alternativa del pensamiento, una filosofía más intuitiva, encarnada, vivencial, más cercana al territorio de lo poético, pero no por ello menos clara y precisa. Tendríamos que pensar en una filosofía del umbral, como la que desarrolló Ramón Xirau, que puede ser sistemática y erigir sus edificios conceptuales con rigor, sin abandonar la calidez del lenguaje y el análisis literario, para resolver su preocupación esencial: la existencia misma, “filosofía: razón de vida; razón hecha de amor”.

A Xirau, fallecido el pasado 26 de julio, le preocupaba la extinción de la filosofía en su sentido clásico como metafísica que se ocupa de lo esencial, como ética que desentraña asuntos psicológicos y se pregunta por el laberíntico mundo de los afectos, esos ánimos invisibles que conducen toda existencia. El filósofo estaba angustiado por la desaparición del lenguaje lúdico, el reemplazo de la metáfora y su socorro para expresar lo indecible en aras de un “positivismo lógico o una filosofía lingüística”, como habría de llamarla en su *Epígrafes y comentarios*. Quizá, como notaba Xirau, el desarrollo lógico de toda filosofía, de toda disciplina social y humanista, sea volverse científica, porque mucho de lo que pasa actualmente “tiene que

ver con la palabra laboratorio. El adelanto de la ciencia y de la técnica entusiasman al filósofo (quien se vuelve cientista, entusiasta del progreso y de una humanidad futura mal definida”).

Xirau utilizaba la etiqueta “filósofos de Oxford” para referirse a autores como Austin, Strawson, Gilbert Ryle, entre otros, que encaminaban su labor al análisis lógico del discurso, combatiendo los postulados sin claridad o formalidad científica y que no tuvieran certezas empíricas (como los de la filosofía metafísica). Porque si bien es necesario comprender el mundo con mayor precisión analizando microscópicamente “causas segundas”—como la validez o no de los postulados de la ciencia, el derecho o el arte— conviene hacerlo sin repudiar el discurso que aspira a explicarse las causas primeras, la existencia misma. Aspirar a “una forma de comunicación vital” que no anule el sentido inicial de la filosofía clásica. Esta supremacía del rigor nos ha llevado a comprender al hombre social de manera científica, como creía entonces Xirau que lo hacía la filosofía marxista, sobre la cual no tenía una imagen negativa, a menos que esta se convirtiera en “una ciencia sin hipótesis, y se sustituyera la hipótesis por el dogma”.

El conflicto de Xirau no es con el espíritu analítico que va extendiendo su influencia conforme los tiempos y la coyuntura lo exigen. Su preocupación no es que existan hombres dedicados a la filosofía analítica y otros que entre el linde de lo racional y lo poético aspiren a construir un discurso edificante, a tener un auténtico interés filosófico. El problema para Xirau, que sigue siendo nuestro problema, es el dogmatismo intelectual: el que “buena parte de la filosofía de nuestros días ve con malos ojos la posibilidad misma de una metafísica o de una moral; ambas carecen de sentido para el positivismo lógico o la filosofía lingüística”. La llamada de atención fue puesta por Xirau desde hace casi seis décadas. Si hemos de recuperar algo de la filosofía de Hegel, es que no podemos concebir solamente un lado “ab-

soluto, fijo y estático” de la vida, no podemos tener interpretaciones definitivas de la existencia, estar enajenados a ver solamente una cara de la moneda sin concebir “su negación y su relación con los opuestos o contrarios”.

Sin embargo, también pensar desde términos dialécticos es moverse dentro de un mundo de posibilidades limitadas, binarias. Esto Ramón Xirau lo sabía bien, y su labor no se desarrolló solamente dentro del ámbito filosófico, sino que fue también un prolífico poeta, editor y ensayista. Un intelectual, un pensador total, templado por la afección de la sabiduría, tan amplia e inefable como la pasión misma. Una filosofía de lo imposible, de eso que no se agota en una descripción. “Me inclino así por una doctrina de la libertad”, escribía Xirau. Por una filosofía en la cual metáforas y paradojas convivan con el afán de precisión, develen una verdad, expresen lo extraordinario: “Porque desde nuestra finitud —y por lo tanto desde nuestro lenguaje finito— veremos a veces decir lo infinito para lo cual carecemos de lenguaje: para lo cual necesitamos usar el lenguaje, romperlo y abrirlo a lo no del todo decible: el amor, lo numinoso, la angustia, el gozo, la alegría”, lo sagrado. ¿No es esto también filosofía pura?

El filósofo nacido en Barcelona en 1924, quien escribía siempre sobre lo mexicano en primera persona del plural —“de México, nuestro México”—, del país que lo abrigó tras el exilio. El maestro en sentido socrático, que hizo escuela, que dejó discípulos en todo el ámbito hispanohablante, ese hombre admirable, preocupado por la ética que promulgó con el ejemplo. El poeta que tuvo la avidez de develar el ser en sus versos, de engendrar una poesía filosófica, o una filosofía poética. Hoy sus labios cerrados por la muerte piden “silencio. Una mirada en los pámpanos pide silencio, y todo el campo tiembla de pensar en las aves que se acercan...” —

JULIETA LOMELÍ BALVER es ensayista y estudió el doctorado en filosofía en la UNAM.

OCEANO
www.oceano.mx

Libros de
los que todo
el mundo habla.

Inés Arredondo

ESTÍO Y OTROS CUENTOS



Una escritora que, sin estridencias, nos dejó relatos que fascinan o trastornan, iluminan y, a veces, liberan, así sea desde la profundidad del horror mismo.

LUCÍA MELGAR

HOTEL
DE LAS
LETRAS

POLÍTICA INTERNACIONAL

Choudary, el predicador del odio



ROGELIO VILLARREAL

Los jóvenes musulmanes de origen marroquí que cometieron los atentados terroristas en Barcelona y Cambrils no eran pobres ni marginados ni discriminados. Fueron adocotrados por el imán Abdelbaki Es Satty, de la pequeña ciudad de Ripoll, donde viven unos quinientos musulmanes entre once mil habitantes. Aunque puede hablarse de una mayoría de musulmanes pacíficos asentada en Europa, en ese complejo universo hay quienes desean instaurar un califato islámico, y para conseguir esto no reparan en los medios. Ante ejemplos tan recientes como los atentados en Barcelona del 17 de agosto, no está de más ver el perfil de quienes han alentado en el pasado a cometer estos crímenes.

“No siempre fui un musulmán practicante, cometí muchos errores en mi vida”, respondió Anjem Choudary al preguntarle por su fracaso como estudiante de medicina en la Universidad de Southampton. En una entrevista de 2014 “Andy”, como lo llamaban sus compañeros, añadió que era muy asiduo a fiestas —“a party animal”— y que le gustaba drogarse —como es común en millones de jóvenes—. Un viejo amigo suyo dijo de él que “era un tipo adorable, gracioso y cálido”. Después estudió la carrera de derecho en el Guildford College, dio clases de inglés en Londres y llegó a ser presidente de la Sociedad de Abogados Musulmanes, aunque fue retirado del cargo en 2002. Choudary, nacido en Londres en 1967 de padres paquistaníes, actualmente cumple una condena de cinco años y medio por instar a sus segui-

dores, desde la mezquita y las redes sociales —sobre todo en YouTube—, a apoyar o unirse al grupo terrorista Estado Islámico (ISIS) y obedecer a su líder, Abu Bakr al-Baghdadi —a quien los rusos aseguran haber matado el 28 de mayo en un ataque aéreo en Raqa—. Varios cientos de jóvenes británicos musulmanes que han viajado para unirse a ISIS —en muchos casos poco educados y sin profundas convicciones religiosas— fueron infectados por este predicador del odio. Tarde o temprano la sharía se impondrá en Inglaterra, afirma Choudary. Su sueño, como se lo dijo sin pudor a la periodista de CNN Christiane Amanpour, es el establecimiento de un califato en ese país, una teocracia —como las que rigen en una veintena de países musulmanes, incluso bajo la forma de repúblicas islámicas.

Una encuesta de Channel 4 en 2016 a 1,081 musulmanes británicos mostró que una gran mayoría rechaza la violencia que se comete en nombre del islam: el 96% no está de acuerdo con quienes cometen actos terroristas, pero el 4% —que representa a unos 100 mil de un total de 2.7 millones en Gran Bretaña— confesó que simpatiza con “hombres-bomba que pelean contra la injusticia” (lo que explica la proliferación de *emojis* sonrientes en la página de Facebook de Al Jazeera cuando se han transmitido escenas de atentados); el 77% no está de acuerdo con el establecimiento de la sharía —con la interpretación rígida de las leyes islámicas que gobiernan todos los aspectos de la vida—, pero el 7% dijo que apoyaría una iniciativa así “con firmeza”. Al 78% le gustaría integrarse a la vida británica, aunque dejaría a un lado la escuela y ciertas leyes; el 57% expresó que la homosexualidad no debería de ser legal y el 47% piensa que es inadmisibile que los gays im-

partan clases. Sobre la gente que se burla de Mahoma, el 32% cree que los actos de violencia contra ellos se justifican, y solamente el 34% informaría a la policía si se enterara de que alguien apoya el terrorismo en Siria.

El expresidente de la Comisión de Igualdad y Derechos Humanos Trevor Phillips presentó los resultados de esta encuesta en el programa *What British Muslims really think*. “Nuestros hallazgos sorprenderán a mucha gente”, dijo, y siguió: “La integración de los británicos musulmanes posiblemente será la tarea más ardua que hayamos enfrentado jamás. Eso requerirá el abandono del blandengue multiculturalismo aún tan deseado por muchos, y la adopción de un acercamiento mucho más orgánico hacia la integración.” Por declaraciones como esta el escritor y productor fue acusado de racista: “Se puede ser negro y racista”, le dijo la periodista Poppy Noor; Maha Akeel, directora de información de la Organización para la Cooperación Islámica, simplemente descalificó la encuesta.

Es difícil saber las razones por las cuales se radicalizó Choudary. Se unió a la secta sunita de los wahabíes salafitas, que se consideran los verdaderos musulmanes: los demás son apóstatas y por ello pueden ser ejecutados, como advirtió Choudary en el noticiario de *BBC Newsnight* en 2009 al defender la fundación de un califato. La acelerada expansión del wahabismo se debe al enorme impulso que le ha dado la multimillonaria monarquía saudita —y la de Catar— con la fundación de mezquitas, centros islámicos y órganos de divulgación alrededor del mundo. El petróleo saudita y catari es una infalible arma de negociación y de presión con diversos países, entre ellos los europeos —algo que puede advertirse en detalles tan significativos como que el equipo de fútbol Real Madrid elimine la cruz de su escudo en algunos países para no ofender a sus patrocinadores de Catar.

Choudary se afilió al grupo al-Muhajiroun, dirigido en el Reino Unido por el incendiario clérigo sirio Omar Bakri Muhammad, que pregona a mediados de los años noventa la idea de un califato en países de mayoría musulmana. En 1994, antes de Al Qaeda y de ISIS, el grupo organizó en la Arena Wembley una concentración de diez mil personas para corear al unísono la llegada del califato. Desde entonces Choudary no ha cesado en su prédica fundamentalista ni de alentar a jóvenes a unirse a la causa del califato abanderada por ISIS.

Nikita Malik —experta de The Henry Jackson Society en mujeres y radicalización, el papel de las familias en la erradicación del terrorismo y el uso de refugiados y víctimas de tráfico por grupos extremistas— dijo en una entrevista: “Las autoridades empiezan a darse cuenta de que la escala del problema es mucho más grande que las tres mil personas que se han enlistado como terroristas potenciales. Una gran cantidad de gente se encuentra ahora en un punto de inflexión.”

El dilema de Europa, del Occidente liberal y democrático, es el de encontrar la manera de fortalecer la seguridad y erradicar el terrorismo sin vulnerar las libertades ni los derechos humanos, y lograr que los millones de musulmanes que rechazan la violencia se manifiesten enérgicamente contra el fundamentalismo —y rechazar con la misma energía los actos de venganza contra musulmanes inocentes—. ¿Por qué es tan difícil para muchos seguidores de Alá adaptarse a las normas y leyes de los países a los que deciden emigrar o en los que nacieron sus padres o sus abuelos? Países de tradición laica, liberal y democrática, es necesario recordar una y otra vez.

Por lo pronto, el sueño de Choudary sucederá en Francia en 2022, aunque, por suerte, en una novela: *Sumisión*, de Houellebecq. —

ROGELIO VILLARREAL es periodista, editor y profesor. Es autor, entre otros títulos, de *¿Qué hace usted en un libro como este?* (Almadía/El Salario del Miedo, 2015).

#CiudadSinMuros



IV FIESTA DE LAS CULTURAS INDÍGENAS, PUEBLOS Y BARRIOS ORIGINARIOS DE LA CIUDAD DE MÉXICO

INVITADOS

- PAÍS: CHILE •
- REGIÓN INDÍGENA: MAYA PENINSULAR •
- PUEBLO: SAN BERNABÉ OCOTEPEC
DEL. MAGDALENA CONTRERAS, CDMX •

DEL 1 AL 10 DE SEPTIEMBRE DE 2017
ZÓCALO CAPITALINO / ACCESO LIBRE



www.cultura.cdmx.gob.mx @culturacdmx /cultura.ciudad.de.mexico culturacdmx @cultura_cdmx

AGENDA

SEPTIEMBRE

ARTES VISUALES
ARTISTA MÚLTIPLE

Alejandro Schulz Solari, mejor conocido como Xul Solar, es uno de los artistas de la vanguardia latinoamericana más singulares. La exposición *Panactivista*—que aborda sus múltiples facetas: artista, músico, “escribidor”, cabalista— estará abierta hasta el 8 de octubre en el Museo Carrillo Gil.

ARTES ESCÉNICAS
RIVALIDAD CIENTÍFICA

La desobediencia de Marte cuenta el antagonismo, pero también el espíritu de cooperación, entre Tycho Brahe y Johannes Kepler, dos astrónomos que cambiarían nuestra visión del universo. La obra, escrita por Juan Villoro, se presenta hasta el 1 de octubre en el teatro del Centro Cultural Helénico.



FILOSOFÍA

Para recordar a Alejandro Rossi

ADOLFO
CASTAÑÓN

I
uve la fortuna de conocer a Alejandro Rossi en México en los alrededores de la revista *Plural*, una tarde de gris en las oficinas de la revista. Fui uno de sus primeros lectores, el corrector de algunos de los textos de *Manual del distraído* (1978) y, más tarde, el primer comentarista de este libro. La amistad unió nuestros pasos. Otro elemento de la mancuerna fue el Fondo de Cultura Económica en la época de Jaime García Terrés, de quien Alejandro era amigo cercano. Rossi, que este 22 de septiembre cumpliría 85 años, frecuentaba el edificio para hablar con su amigo. A veces me dejaban escucharlos; siempre lo acompañaba yo al auto y seguíamos conversando hasta que me depositaba de regreso a las puertas de la editorial, luego de haber dado varias vueltas a la cuadra para no perder el hilo de la conversación. De esa charla prolongada a lo largo del tiempo, a veces en privado, a veces en público, a veces con sus libros, fueron espigadas las páginas que tuve la fortuna de reunir en *Algunas tardes con Alejandro Rossi* (El Colegio de México, 2010).

II
¿De dónde viene la prosa inconfundible, el brío intelectual de *Manual del distraído*? ¿Qué músicas subte-

FOTOGRAFÍA
EL MURALISTA
DE LALENTE

Las imágenes del México posrevolucionario que Leo Matiz capturó con su cámara sirvieron de modelos para murales emblemáticos. Algunas de sus obras, en el marco del centenario de su nacimiento, podrán apreciarse en el Antiguo Colegio de San Ildefonso hasta el 17 de septiembre.

LITERATURA
LOS JUANES
DE LAS LETRAS

Sor Juana Inés de la Cruz, Juan Ruiz de Alarcón, Juan Rulfo y otros más serán el tema del coloquio sobre literatura mexicana que se llevará a cabo este 17 de septiembre en la sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes. Participan Tatiana Bubnova, Hernán Lara Zavala, Myriam Moscona y Elena Poniatowska, entre otros autores.



rráneas lo recorren? Preguntas acaso riesgosas y tal vez hasta necias. Cierto: no puede decirse que la publicación de *Manual del distraído* haya sido advertida por todos como un terremoto en aquellos momentos en que se apagaban los ruidos más estrepitosos de las fanfarrias narrativas. Para muchos, la aparición de su obra se delineó como una onda expansiva en el espacio literario que dio un giro a los modos de escribir. ¿Desde dónde? Tal vez el origen de esa onda pueda remontarse a 1933 —Rossi tenía un año—, cuando el primer Wittgenstein se separa del segundo durante una conversación con el profesor de economía en Cambridge P. Sraffa. Discutían así, según cuenta Norman Malcolm citado por Ved Mehta, en *La mosca y el frasco. Encuentros con intelectuales británicos* (1976): “Un día (creo que iban en un tren) Wittgenstein insistía en que una proposición y lo que esta describe deben tener la misma ‘forma lógica’, la misma ‘multiplicidad lógica’. Sraffa hizo un gesto familiar a los napolitanos que significa algo así como disgusto o desprecio frotándose la parte inferior de la quijada con los dedos de la mano [*brushing the underneath of his chin with an outward sweep of the fingertips of one hand*]: ‘¿Cuál es la forma lógica de esto?’” Pienso que una lectura como esta le reveló a Rossi la mosca que llevaba zumbando alrededor y le enseñó el camino para salir de la botella —o del frasco, como quiere uno de los traductores del libro de Mehta, Augusto Monterroso, que lo trasladó junto con Edmundo Flores al español en 1976 para la Colección Popular del FCE.

La intuición de que los gestos tienen un lenguaje y obedecen a una gramática no es desde luego nueva, como saben los estudiosos del folclor y del comportamiento animal, pero representó para Rossi una inspiración reveladora, una epifanía que recorre como un alfabeto subterráneo las páginas de *Manual del distraído* y luego de *La fábula de las regiones*

(1988) y *Edén* (2006). Probablemente, él no lo habría formulado así. Es un hecho que muchas de sus páginas son en buena medida el laboratorio de donde surgen tales experimentos que representan una renovación: agua fresca para la prosodia y la escritura de ensayo. Esta gramática de los gestos es antigua y acaso anterior a la humanidad misma. Se sabe que los monos hacen gestos, que el mono gramático practica una silenciosa sintaxis con sus ademanes. Alejandro Rossi mereció esa revelación.

III

Rossi pertenece a esa afortunada constelación transatlántica, americana y europea que se formó a la sombra fecunda de José Gaos y de otros maestros del exilio español como Juan David García Bacca. Viajó al seminario de Martin Heidegger a Friburgo, Alemania. Para Alejandro Rossi, el de Heidegger no era un nombre más, aparecido en una enciclopedia. Lo había escuchado a principios de los años cuarenta, cuando tendría poco más de diez años, según consta en un pasaje dedicado al filósofo en la novela autobiográfica *Edén*. La experiencia académica en Alemania lo distanció de Heidegger, pero le descubrió a Ludwig Wittgenstein, quien tanta importancia tendría a partir de ahí en la filosofía británica, el positivismo lógico y la filosofía analítica. A su regreso, Rossi fundó junto con Luis Villoro y Fernando Salmerón la revista bilingüe *Crítica* (1967), que desde entonces se erigió como un bastión de la filosofía analítica en México desde el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM. Su obra filosófica se centra en su libro *Lenguaje y significado* (1969) y en su tarea como maestro en la Facultad de Filosofía y Letras y en el Instituto. No era Alejandro Rossi un sedentario intelectual. Su itinerario dentro de la filosofía, de Hegel a Heidegger y de este a Wittgenstein y A. J. Ayer y Gilbert Ryle, muestra

su inquietud, una curiosidad devoradora que lo volvía una inteligencia errante, en cierto modo un peregrino intelectual. Cierto: uno de sus maestros, Juan David García Bacca, se había interesado en las formas literarias de la filosofía, en su libro *Filosofía en metáforas y parábolas. Introducción literaria a la filosofía* (1945), y su amigo Emilio Uranga (primer traductor de Lukács al español) se había entregado a la práctica de los ensayos (*Astucias literarias*, 1971), en formas dialógicas ávidas de asimilar en el cuerpo del ensayo las fibras y médulas de la filosofía y la reflexión histórica, psicoanalítica, artística y política. Por eso no extraña que uno de los pocos contemporáneos de Rossi que se dio cuenta de la empresa fuera precisamente Uranga, quien publicó en 1978 una serie de artículos titulada “Tensiones rossinianas”. Tensión, tensiones, esa es quizá una voz que conviene para atraer al proyecto literario y filosófico de Alejandro Rossi la idea del convivio intelectual, para recordar con esa palabra la figura del humanista cristiano Luis Vives, amigo de Erasmo de Rotterdam y varón emblemático de la concordia intelectual de la cual en última instancia Rossi sería a su vez un emblema, siempre y cuando el invitado al convivio llegara a la mesa con los mínimos decoros y aseos intelectuales. No perteneció a ningún partido ni a ninguna iglesia, salvo a esa secta secreta de los que creen —como Borges, Bianco y Paz— en las revistas literarias y en la literatura como una variedad de la experiencia religiosa. La práctica de la literatura como una actitud intelectual hace de la obra de Alejandro Rossi una escuela ideal en un mundo sin escuelas, entre analfabetos funcionales y pseudoalfabetizados galvanizados por el cinismo. —

ADOLFO CASTAÑÓN es poeta, ensayista y editor. Ocupa la silla II de la Academia Mexicana de la Lengua. Ha publicado, entre otros libros, *Por el país de Montaigne* (El Colegio de México, 2015).